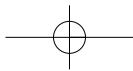
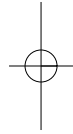


## PRIMERA PARTE

El invierno es la única estación en que estamos seguros  
de que los highlanders no pueden huir llevándose a las mujeres,  
los niños y el ganado a las montañas...  
Es el momento perfecto para destrozarlos en la negra noche.

JOHN DALRYMPLE,  
señor de Stair,  
ministro de Escocia



## Corazón de Gael

En Escocia, el siglo XVII quedará marcado por los grandes disturbios que acabaron con el sistema de los clanes. Éste se extinguió definitivamente unos ciento cincuenta años después.

A principios de siglo, Inglaterra tuvo que mirar hacia Escocia en busca de un rey para su trono, ya que la reina Isabel I no tenía descendientes. Y lo encontró en la persona de Jacobo IV de Escocia, que se convirtió en Jacobo I de Inglaterra. Años después, Oliver Cromwell y sus «cabezas redondas» depusieron la monarquía por la fuerza y organizaron un gobierno, tras haber hecho ejecutar al rey; pero esta situación duró poco. En efecto, Carlos II, uno de los hijos de Jacobo y primero del linaje de los Estuardo, restableció el poder real al volver a subir al trono. A su muerte, le sucedió su hermano Jacobo, duque de York. Por primera vez en ciento veintiún años, un monarca católico reinaba en Inglaterra. Los súbditos protestantes, mayoría en el reino, temían que quisiera imponer su religión y que mantuviera estrechas relaciones con la corte de Luis XIV de Francia, enemigo mortal de Inglaterra.

Su reinado fue corto. El protestante Guillermo de Orange, de la casa holandesa de Nassau, y su esposa María, la hija del rey, desembarcaron en Inglaterra con el ejército, instigados por los «cabezas redondas», con el fin de arrebatar la corona. Jacobo tuvo que resignarse a abdicar en favor de su hija y se exilió a Francia, abandonando a sus súbditos fieles, sobre todo en las Highlands.

Inglaterra, en guerra contra Francia, necesitaba hombres. Los highlanders, valientes y leales guerreros, eran codiciados

para llenar las filas de los regimientos de la corona, pero estaban continuamente en conflicto; las guerras entre clanes eran su principal preocupación. Había que pacificarlos y convencerlos para que dejaran de servir al rey caído, Jacobo II, y prestaran juramento de fidelidad a Guillermo II. A estos highlanders se les llamaba «jacobitas».

John Grey Campbell, conde de Breadalbane, fue elegido para parlamentar con los jefes de los clanes. Campbell y sir John Dalrymple, un escocés de las Lowlands, señor de Stair y ministro de Escocia, que albergaba una ira sin límites hacia esos insumisos —los tildaba de bárbaros y de salvajes sin educación—, urdieron un plan para que los clanes rebeldes se unieran bajo el estandarte de Guillermo. Este plan consistía en dar ejemplo con un clan que era enemigo de los Campbell desde hacía siglos, los Macdonald de Glencoe, de las peores aves de rapiña de las Highlands.

1

Al alba del 13 de febrero de 1692

El fuego crepitaba en el hogar e iluminaba la estancia con una dulce luz dorada. El niño daba cabezadas, bien arrellanado en el regazo de su madre, haciendo esfuerzos para mantenerse despierto hasta que llegara su padre.

—*Màthair*,<sup>1</sup> ¿qué hace *athair*?<sup>2</sup> Antes de dormir me gustaría que me contara la historia de Fingal MacCumhail y de sus guerreros Fianna —dijo el niño con voz adormecida.

—Tu padre está en casa del abuelo Duncan, Coll. De todas maneras, debe de habértela contado por lo menos un centenar de veces. Ahora hay que ir a dormir.

La mujer se levantó, llevó al pequeño hasta la cama y lo arropó cariñosamente.

—Si quieres te canto una nana —le murmuró acariciándole suavemente los cabellos.

El niño levantó hacia ella sus ojos azules como el agua de los lagos de Escocia y le sonrió, dejando ver sus blancos diente-citos de leche.

—Me gustaría mucho, *màthair* —respondió el niño.

El niño cerró los ojos y se deslizó con suavidad en el mundo de los sueños bajo la acariciadora voz de su madre, que le canturreaba una antigua nana gaélica. Anna besó tiernamente a su hijo en la frente.

—*Oidhche mbath leat, a mbic mo chridhe*<sup>3</sup> —susurró la

1. «Mamá.»
2. «Papá.»
3. «Buenas noches, hijo de mi alma.»

madre deslizando un dedo sobre la mejilla redonda del pequeño.

La mujer se enderezó lentamente y volvió a sentarse junto al fuego para acabar de zurcir una camisa de su marido. Suspiró, ansiosa. Liam se retrasaba, y fuera se había levantado un viento que rugía y aullaba en la chimenea. En realidad, no estaba preocupada por él, pero desde que los soldados del regimiento de Argyle estaban acantonados en el valle, sentía un malestar que no era capaz de explicarse y no le gustaba quedarse mucho tiempo sola.

El regimiento había llegado —de eso hacía ahora casi trece días— y había pedido asilo para sus soldados. «El fuerte William está completo», había anunciado el capitán Robert Campbell a John Macdonald, el hijo mayor del jefe del clan. El jefe, Alasdair MacIain Abrach Macdonald, los había acogido con la hospitalidad propia de los highlanders. Casi todos los lugareños del valle hospedaban a uno o varios soldados bajo su techo y compartían con ellos su pan, su carne y su whisky.

Los habitantes no se sentían muy a gusto con esa intromisión en su vida cotidiana y se habían quejado al jefe. MacIain los había tranquilizado recordándoles que las reglas de la hospitalidad dada y recibida eran inviolables en las Highlands y que, dado que dos tercios de los soldados eran precisamente de aquellas tierras, sin duda sabrían respetarlas.

Así pues, durante dos semanas, cada día al alba, un granadero tocaba diana con el tambor, cuyo eco resonaba en el valle. El redoble del tambor venía seguido de otros redobles, como si una ola recorriera el valle desde Invercoe a Achtriochtan.

El tiempo había sido especialmente clemente para un mes de febrero y los soldados habían podido realizar sus ejercicios militares rutinarios todas las mañanas hasta el mediodía. Los niños estaban fascinados con esa parada de uniformes con faldales escarlata. Los soldados giraban en un torbellino de rojo y amarillo, taconeaban sobre el suelo helado y manipulaban sus armas al compás del grito de los oficiales.

Por las tardes, los clanes rivales libraban una guerra noble, en la que se medían en combates cuerpo a cuerpo y en lanzamientos de tronco y de piedra. Jugaban a *shinty*,<sup>4</sup> un juego violento muy apreciado en las Highlands, y hacían concursos de tiro al arco, en los que sólo se vengaba el orgullo herido. Después, todo solía acabar en alegría y danzas con las gaitas y los violines, que hacían vibrar el aire fresco del final del día.

Por la noche, se lamían las heridas —las del cuerpo— frente a los fuegos de turba, en las casas, compartiendo el whisky. Ahí, los colores oscuros de los Campbell rozaban amistosamente los más vivos de los Macdonald. Las risas, las apuestas lanzadas y el ruido de los dados inundaban las casas llenas de humo. A las antiguas leyendas de los valles habían seguido las baladas subidas de tono. Sólo los del valle se quedaban al margen de esta forzada camaradería, aunque eran tratados con respeto. A pesar de los numerosos siglos de sangre derramada que habían cavado un foso entre los Campbell y los Macdonald, parecía que de momento se instalaba una breve tregua.

La puerta se abrió con estrépito. Un hombre de altura imponente entró acompañado de una bocanada de aire gélido. Volvió a cerrar con rapidez la puerta a su espalda, echando pestes contra el mal tiempo.

—Hacía tiempo que no teníamos un frío así, que nos helara los huesos. Me temo que se prepara una tormenta —masculó frotándose las manos para calentárselas.

El hombre sonrió a su esposa y se acercó a ella después de haberse sacado las botas de cuero hervido y aceitado.

—Me he vuelto antes de perder la camisa. Mi padre ha ganado todas las partidas de cartas. El viejo pillastre estaba dispuesto a despojar a sus dos hijos de todos sus bienes. Estoy seguro de que hace trampas.

—Liam, ¿cuándo te vas a decidir a ver la realidad de fren-

4. Juego parecido al hockey sobre hierba en el que se utilizan unos palos largos con un extremo curvado.

te? —dijo riendo sarcásticamente Anna—. Colin y tú sois dos pobres jugadores de cartas, y vuestro padre simplemente se aprovecha.

La mujer se levantó, pasó los brazos alrededor del cuello de su marido y le murmuró al oído:

—También eres un pobre mentiroso. ¿Estás seguro de que has vuelto por miedo a perder la camisa a las cartas?

—Quizá no —respondió el hombre dulcemente, acariciándole la mejilla con sus dedos helados. Anna se estremeció—. ¿Coll está dormido?

—Pues sí —respondió ella—, y el joven MacIvor ha ido a tomarse la revancha al ajedrez a casa del viejo Archibald. ¿No traerás algo de cabeza, por casualidad?

—Quizá unas ganas irresistibles de dulce esposa. Hace tanto tiempo que no estamos solos... A ella le dejaría mi camisa con gusto.

El hombre tomó en brazos a su mujer para llevarla hasta el lecho, oculto detrás de un biombo, y después se desabrochó el ancho cinturón de cuero que le sujetaba el plaid. Éste se deslizó al suelo al momento con un sonido de tela arrugada. Luego, se quitó la camisa y la lanzó a un rincón de la estancia.

Anna contempló con ojos posesivos las cualidades anatómicas de su marido. Sus músculos resaltaban bajo la piel a cada uno de sus movimientos. Su cuerpo parecía tallado en granito.

Liam se dirigió hacia su esposa, que lo esperaba en la cama. Sus dedos la emprendieron con los lazos del corpiño con torpeza e impaciencia. Después, les tocó el turno a la falda y las enaguas. Despojada finalmente de la camisa, la mujer se abandonó a las manos de ese gigante highlander, que sabían ser tan dulces y tiernas con ella como duras y despiadadas con el enemigo.

—Anna, *grian 'nam speur, tha thu mar teine dhomb*<sup>5</sup> —gimió Liam al poseerla dando un golpe de cadera.

5. «Anna, sol de mi cielo, eres mi fuego.»

—*Tha gaol agam ort*,<sup>6</sup> —murmuró la mujer, clavando sus uñas en los hombros de acero.

Anna engarzó sus piernas en las caderas de Liam y se mordió los labios para ahogar un gemido de placer.

Unos minutos después, Liam se desplomó junto a Anna, jadeando y empapado en sudor. Se quedaron así, silenciosos, a la espera de que sus cuerpos recuperaran un ritmo regular.

Liam acarició suavemente la curva redondeada de un seno; después, su mano rozó la cara de su mujer. La observó al resplandor de las llamas que alumbraban débilmente el rincón de la estancia. Anna se acurrucó contra él y tiró de la manta para tapar su desnudez. El hombre metió la nariz en los cabellos dorados y los olió con deleite. Le gustaba su olor azucarado, ligeramente más ácido después de hacer el amor.

Pero, de momento, algo ensombrecía su placer. Estaba inquieto. Algo no iba bien. El capitán Campbell les había informado de que se marcharía con las tropas al día siguiente. El regimiento tenía que ir a Glengarry para castigar severamente a los Macdonald, que, al parecer, todavía no habían firmado el juramento de fidelidad al rey Guillermo II. Sin embargo, Campbell se había mostrado extremadamente nervioso esa noche, después de que el capitán Drummond le hubiera entregado un mensaje urgente llegado del fuerte William. Liam había observado detenidamente al capitán mientras éste leía la orden. Su rostro se había quedado impasible, pero unas perlas de sudor habían brotado de su frente. Había doblado cuidadosamente el papel y después lo había guardado en el bolsillo de su chaqueta escarlata con mano temblorosa. Esto había sucedido un poco antes en casa de Macdonald de Inverrigan, justo antes de que se fuera a terminar la velada a casa de su padre. Campbell era un zorro de la peor de las especies; no se podía confiar en él. El instinto de Liam le hacía desconfiar...

Liam se había fijado en la mirada que Campbell había lan-

6. «Te quiero.»

zado discretamente a los dos hijos de MacIain, John y Alasdair, después de leer la orden. Pensó que tenía que haber hecho partícipes de sus preocupaciones a sus dos primos, pero le había prometido a Anna que no tardaría. Dado que la esposa de Alasdair era sobrina de Campbell, éste sin duda no les haría daño alguno. Era una suposición, no una certeza. Él lo sabía y se le hizo un nudo en el estómago.

Anna se movió un poco, y Liam la acercó más hacia él.

—El joven MacIvor no debería de tardar —dijo Anna—. Lo he encontrado un poco raro en la cena. Le ha hablado al perro.

—¿Al perro?

—Le ha sugerido que fuera a dormir a las colinas esta noche —dijo la mujer con rostro sombrío—. Le ha dicho: «Si yo fuera tú, perro, mi cama, esta noche, estaría en los brezales.» Parecía que quería dar un mensaje, pero no me he atrevido a pedirle que se expresara con más claridad. También, unas gentes de Laroch dicen que han visto un *an duine mor*<sup>7</sup> al borde del lago Leven. Es un mal presagio.

Liam parecía ausente.

—Cuando regresaba de casa de mi padre esta noche, he oído a Hugh Mackenzie tocando con la gaita la tonada que suelen ejecutar los Campbell en caso de peligro inminente. No he entendido por qué, pero tienes razón, quizá deberíamos estar ojo avizor...

Alguien llamó a la puerta y después entró sigilosamente en la casa. Liam se levantó y se enrolló en el plaid antes de rodear el biombo.

—Buenas noche, MacIvor —dijo apoyándose en la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Has conseguido vencer al bueno de Archibald?

—No, señor —balbuceó el joven soldado—. Me ha dado jaque mate tres veces.

—Entonces, quizá mañana —continuó Liam, observándolo.

7. Personaje mítico celta que anuncia un mal presagio.

El joven se dejó caer en su lecho improvisado, situado en un rincón de la estancia principal, cerca del hogar.

—Lo dudo.

David MacIvor no debía de tener más de dieciocho años. Era bastante fuerte, pero sus rasgos todavía delicados y su escasa barba evidenciaban su juventud. Había entablado amistad con el pequeño Coll desde que había llegado, y se comportaba con él como un hermano mayor. Incluso le había tallado un magnífico caballo de madera que el niño adoraba.

Esa noche, MacIvor parecía perturbado. Su mirada era sombría.

—El viento no nos va a dejar dormir esta noche —dijo mirando fijamente a Liam.

—Sí..., el viento. Puedes echar un bloque de turba al fuego, si tienes frío. Buenas noches, MacIvor.

—Gracias, buenas noches, señor.

Liam regresó detrás del biombo y se quedó allí plantado un instante, sin decir nada, con el rostro vuelto hacia los paneles de caña trenzada. Se pasó una mano por la espesa cabellera leonada y ensortijada, y después se dirigió hacia la camita donde dormía su hijo.

—¿Está bien abrigado? —susurró acariciando los rizos dorados del niño.

—Sí, lleva su mejor camisa de lana y dos pares de medias.

—Está bien. Vuelve a vestirte, Anna. Esta noche va a hacer frío. Las nubes están muy cargadas. Probablemente la tormenta dure un buen rato.

El viento se puso a soplar como para confirmar sus palabras. Anna volvió a ponerse la camisa de invierno y las medias, y se deslizó en la dulce calidez de las sábanas, donde también se metió Liam, después de haberse puesto él también su camisa.

Se entrelazaron, soldándose el uno con el otro. Ninguno dijo nada, cada uno absorto en sus pensamientos, tan inquietantes los unos como los otros. El sueño acabó por vencerlos tras largos minutos.

Liam se despertó con el ruido de un objeto arrastrado por el suelo de la otra estancia. «MacIvor está muy ruidoso esta mañana —pensó el hombre—, y también madrugador.» El viento seguía rugiendo fuera, y todavía era oscuro. Liam se levantó procurando no despertar a Anna, que continuaba durmiendo, y asomó la cabeza al otro lado de la delgada mampara.

El joven MacIvor llevaba puestas las ropas de militar y se paseaba de arriba abajo tirando de una silla detrás de sí. Liam pudo distinguir los rasgos del joven soldado a la luz del fuego agonizante. Para que éste lo oyera, carraspeó con fuerza. MacIvor se quedó inmóvil y se volvió. Su rostro reflejaba una tristeza infinita. Las miradas de ambos hombres se cruzaron; el soldado abrió la boca y después volvió a cerrarla. Bajó la mirada moviendo la cabeza, lentamente. Empuñó su mosquete, giró sobre sus talones y salió hacia las tinieblas.

Liam sintió que se le hacía un nudo en el estómago. El joven lo había despertado intencionadamente. Se estaba tratando algo. Liam se dirigió hacia la ventana. Lo que vio hizo que se le encogiera aún más el estómago. Unos soldados sostenían unas antorchas de pino que hacían relucir las llaves y las bayonetas de sus mosquetes. Avanzaban en una larga procesión. Era evidente que se preparaban para alguna acción y, en medio de aquella tormenta, seguro que no se trataba de un simple ejercicio militar.

Liam regresó a la habitación. Se cubrió con el plaid y lo sujetó con el broche de plata adornado con piedras. En el centro tenía grabada una rama de brezo, el emblema de los Macdonald. Se puso las botas y después despertó suavemente a Anna.

—¿Qué haces? —le preguntó la mujer con voz ronca—. Todavía es de noche.

—MacIvor se ha ido. Pasa algo. Tengo que ir a avisar a mi padre. MacIvor me ha despertado intencionadamente; había algo en su mirada... Os marcharéis en cuanto estéis listos. No os demoréis. ¿Has entendido bien?

—Pero ¿por qué? ¿Para ir adónde? —exclamó Anna, desazonada.

—Parece que los soldados se preparan para atacar, Anna —respondió el hombre con voz opaca—. Te irás con Coll hacia las colinas. Subid al Meall Mor por el este y buscad cobijo. El alba se levantará dentro de una hora aproximadamente. No puedes quedarte aquí, amor mío. Llévate la daga. La oscuridad es nuestro único aliado.

—¡Oh, Liam! Yo nunca podría... No sin ti —lloró la mujer, ahora aterrorizada.

Liam la tomó en sus brazos y la besó largamente. Con suavidad, le cogió el mentón con una mano y la obligó a mirarlo.

—Anna, *mo gbrian*, eres más fuerte de lo que crees. Confía en mí. Yo no tendré tiempo de venir a buscarte aquí; ve tú primero con Coll. Yo iré a por vosotros con mi padre, Colín y mis hermanas.

—Tengo miedo... —murmuró la mujer agarrándose con desespero a la camisa de su marido.

—Anna, tengo que irme. El tiempo apremia... Quizá nos vaya la vida —dijo con firmeza en la voz—. Vístete y no olvides lo que te he dicho.

—Al este del Meall Mor —sollozó Anna—. No lo olvidaré.

—*Beannachd Dhé ort*,<sup>8</sup> Anna. Te quiero —murmuró Liam secando una lágrima que caía por la mejilla de su mujer.

Se levantó, se puso su capa forrada de piel de cordero y se ató el puñal en el cinturón, lo único que tenía para defenderse. Efectivamente, los lugareños habían escondido todas las armas por temor a que las confiscaran los soldados. Después de la rebelión de 1689 y el juramento prestado de mala gana al rey protestante, tenían prohibido llevar armas, salvo para cazar. Liam dio un beso a su hijo, que protestó; echó una última mirada hacia atrás y salió.

El frío era cortante y el viento le azotaba la cara. Apenas podía distinguir la silueta de la casa donde había crecido, situada a casi medio kilómetro de distancia de la suya. Un poco más hacia el este, los soldados avanzaban en columna

8. «Que Dios te proteja.»

hacia Invercoe y Carnoch, donde vivía el jefe. Parecía que sus sombrías deducciones se iban concretando a cada segundo.

—Van a atacar —dijo, horrorizado.

Redobló su ardor y corrió por la nieve que cuajaba rápidamente. Tenía que llegar a tiempo. Le ardían los pulmones y la vista se le nublaba por culpa de la nieve. Resonaron unos disparos, seguidos de gritos. Liam aminoró la marcha: se debatía entre las ganas de regresar sobre sus pasos para ayudar a Anna y Coll, y las de ir a avisar a su familia. Pero era demasiado tarde, tenía que continuar. Sin duda, Anna ya debía de estar de camino hacia la montaña, al menos su corazón así lo deseaba.

Los de la casa todavía dormían. Liam entró y despertó bruscamente a Colín, que dormía en el suelo, junto al fuego. No había tiempo que perder, se veían las antorchas de los soldados tan sólo a unos metros de la casa.

—¡De prisa, Colín, padre! —fustigó Liam—. Hay que salir de aquí. Los Campbell nos atacan.

Su hermano se levantó de golpe, aturullado, todavía atontado por el sueño. Un disparo acabó de despertarlo del todo. Liam se precipitó hacia las camas donde dormían su padre y sus dos hermanas para sacarlos del sueño. Ginny, que estaba embarazada de seis meses, era menos rápida.

—¡Colín, ve delante con Sàra! —gritó Liam—. Padre y yo os seguiremos con Ginny.

Colin y Sàra apenas habían tenido tiempo de franquear la ventana de la estancia cuando la puerta se abrió con un estrépito ensordecedor. El sargento Barber se precipitó dentro con dos soldados. Duncan Macdonald se quedó paralizado ante el cañón que le apuntaba a la frente. Ginny se puso a gritar. Liam hizo una señal a su hermana para que fuera junto a él. La joven dio dos pasos en esa dirección y se dobló en dos, rota por un dolor atroz en el vientre. Uno de los soldados aprovechó para agarrarla por los pelos con el puño y arrastrarla hasta la mesa, donde la volteó con violencia. El soldado se echó a reír dejando ver sus dientes podridos, y después le-

vantó las faldas a Ginny, que se resistía como podía. El infiel la abofeteó con rudeza.

Liam se estremeció con el ruido.

—Vaya, vaya... —se burló el hombre—. Una verdadera arpía, ésta. ¡Y además preñada por uno de esos hijos de puta highlanders! Yo te voy a enseñar, guapa, lo que se hace con las putas como tú.

Con el rostro desencajado de dolor, Ginny fulminó al muy grosero con la mirada y se volvió aterrorizada hacia Liam y su padre, paralizados por el temor a los cañones con que el sargento y el otro soldado los apuntaban.

—¿Es tu mujer? —preguntó el sargento dirigiéndose a Liam con una sonrisa sádica.

—¡Es mi hija, canalla! —rugió Duncan—. ¡Dejadla!

Hizo ademán de dirigirse hacia su hija y Barber desvió el arma en dirección a Ginny.

—Un paso más y le vuelo la tapa de los sesos.

Duncan se quedó paralizado, con el rostro desencajado de ira. Resoplaba con fuerza, sin que pudiera apartar la mirada de su hija, que forcejeaba en vano.

—¿Tu hija, dices? —murmuró con aire socarrón el sargento—. ¿Esto es lo que le hiciste a mi hermana, Macdonald? —dijo Barber con tono sarcástico.

—¿Tu hermana?

—¡No te hagas el inocente, Macdonald! Te acuerdas muy bien de mi hermana, Hele...

—¡Que te jodan, Barber! —le cortó bruscamente Duncan—. Yo no he violado a tu hermana. Ella... ¡Santo cielo!...

Los recuerdos brotaban en la mente embotada de Duncan Macdonald. Lanzó una mirada avergonzada hacia su hijo, pero no era el momento de explicaciones, y menos aún de remordimientos. Ya había entonado su *mea culpa*; hacía casi dieciocho años de eso. Liam se enteraría más tarde, si le daban la oportunidad de explicárselo.

—Yo no la violé.

—¡Cabrón mentiroso! Se murió de vergüenza dos años después. Y tú has salido adelante muy bien, a decir verdad.

He esperado este momento con impaciencia, y creo que la espera ha valido la pena. Venga, Tillery, muéstranos cómo se hace cantar a los ruiseñores.

El soldado que retenía a Ginny volvió a la faena. Liam lo miraba, estupefacto. Pero ¿de qué estaban hablando? ¿Su padre había violado a una mujer? Otros quizá, pero ¡su padre, no! El sargento percibió el desconcierto de Liam y creyó oportuno añadir algunas explicaciones.

—Ya ves, mequetrefe, tengo un asunto pendiente con tu padre. Quiero que pague por lo que hizo... antes de que muera.

—Pero...

Liam se había vuelto hacia su padre. Éste esquivaba su mirada y la fijaba en su hija, que no podía con su asaltante.

—Padre...

—¡No le harán nada a Ginny! ¡Ella no tiene nada que ver!

Duncan Macdonald se abalanzó sobre los soldados entonando el grito de guerra del clan, y después, todo sucedió con la velocidad del rayo. Sonó un disparo, y Duncan se desplomó en el suelo, herido en la cabeza.

Liam se quedó inmóvil. Su cerebro trabajaba a toda velocidad. Sus ojos iban del sargento Barber al cuerpo inerte de su padre en el suelo, y después, del soldado que recargaba su mosquete a la asquerosa escena en la que Tillery se afanaba en desabrocharse la bragueta con una mano, mientras con la otra mantenía a Ginny tumbada sobre la mesa, y ella se debatía chillando. Empezaba a comprender lo que su mente estaba grabando desde hacía unos minutos, y luego su corazón desgarrado se puso a gritar en su cabeza. Mientras se sumía en siniestras conjeturas, su padre se había dejado matar fríamente, e iban a violar a su hermana en sus narices. Y él no hacía nada por ellos...

Un poco tarde, hizo ademán de dirigirse hacia su hermana, pero el sargento le cerró el paso.

—Te dejo unos minutos antes de agujerearte el cráneo. Mira bien cómo se folia a las montañas, amigo —fanfarroneó el hombre—. Sufrirás tú en lugar de tu padre. Es verdad

que Tillery no es muy guapo, pero sabe qué hacer con las mujeres.

—¡Suéltala, canalla! ¡Mátame si quieres, pero suéltala! —dijo Liam entre dientes.

—¡Oh! ¡Qué grandeza de alma! —se burló el sargento—. No te preocupes, Macdonald, no la tocaré —prosiguió con tono huraño—. Yo dejo los trabajos sucios a Tillery.

Miró de reojo a su soldado y sonrió de forma insolente antes de continuar.

—Yo creo que hace bien su trabajo, ¿no te parece? —añadió antes de romper a reír con ganas.

El otro soldado lo imitó, deleitándose con la escena, y a la espera de que llegara su turno.

Liam sintió que le subía la adrenalina. Dejó que la capa le resbalara discretamente por los hombros. El sargento, absorto ante aquel espectáculo grotesco, no prestaba suficiente atención al hermano de la víctima. «¡Error fatal, amigo!», pensó Liam. Sus dedos agarraron el mango del puñal. Con un gesto rápido y preciso, lanzó la capa volando hacia la pistola. Resonó un disparo, que hizo restallar la madera a su espalda. El sargento Barber cayó hacia atrás, por encima de una silla, y aterrizó en el suelo, enredado en la pesada capa. Liam se abalanzó sobre él y le apuntó al cuello, pero el sargento esquivó la hoja. Sin embargo, no fue lo bastante rápido. El acero le hirió ligeramente la carne de la cara y se hundió en la blandura de un globo ocular. Barber chilló como un condenado, retorciéndose como un gusano.

Liam renegó. Había faltado poco para que acertara. No tenía tiempo de rematar la faena; los gritos de su hermana lo llamaban. El segundo soldado apuntó hacia él, disparó y falló el tiro. Liam, que había ido rodando hasta la mesa, dejó la hoja clavada en la órbita. Se enderezó para liberar a Ginny. El innoble agresor se dio cuenta demasiado tarde de lo que sucedía. Liam lo agarró por el cuello y le asestó un violento puñetazo en el rostro. Tillery se tambaleó, trabado por el pantalón que tenía caído a la altura de las rodillas, y se golpeó la cabeza contra el muro.

—¡Ven, Ginny! —gritó Liam, y tiró de su hermana por entre los torbellinos de nieve.

Detrás de ellos, oían palabrotas que ahogaba el viento, y una bala silbó por encima de sus cabezas. Corrieron hasta no poder más, subieron por el Gleann Leac, y después iniciaron la ascensión del flanco este del Meall Mor. Después de unos minutos, Ginny se hundió y se puso a temblar y a vomitar en la nieve.

—No soy capaz de continuar, Liam —dijo entre hipos, sosteniéndose en el brazo de su hermano, que temblaba tanto como ella—. Me duele, el bebé... Me duele mucho... ¡Oh! ¡Papá! ¡Lo han matado, Liam! ¡Han matado a nuestro padre!

Todo el horror de aquella situación empezaba a hacerse un lugar en la mente de Liam. Miró hacia atrás: el pueblo de Achnacone estaba en llamas. Unas espesas columnas de humo negro, visibles con la grisácea alba naciente, los asfixiaban y les quemaban los pulmones. Todo su valle —su vida— estaba ardiendo y ensangrentado, lo habían pasado a sangre y fuego.

—Lo queman todo —murmuró el hombre—. Quieren exterminarnos como a vulgares ratas.

Su mirada se posó en su hermana, que estaba acurrucada junto a sus pies, sacudida por violentas convulsiones. No podía sacarse de la cabeza la sórdida imagen del soldado que la violaba. Le avergonzaba no haber hecho nada para impedirlo. Después, su padre, muerto como un perro... Una ira sorda le invadió y le devolvió la fuerza para retomar el camino. Obligó a Ginny a ponerse en pie a pesar de sus protestas. Le pasó un brazo por la cintura para sostenerla.

Mientras avanzaban con dificultad por la profunda nieve, sus pensamientos se volvieron hacia Anna y Coll. Su rabia se multiplicó con la idea de que su mujer podía haber padecido la misma suerte que su hermana. ¿Dónde estaban en aquel momento? ¿Estaban a salvo en la montaña?

Tras una hora de marcha, Liam encontró un refugio provisional bajo una cornisa, para que Ginny pudiera descansar antes de continuar la ascensión. El espectáculo que se mostraba ante ellos era siniestro. Abajo, todo el valle, desde In-

vercoe a Achtriochtan, estaba cubierto por un espeso humo negro. El eco de los disparos de los mosquetes y los gritos que les llegaban les hacían estremecer. Ginny lloraba sobre el hombro de Liam, cuyo rostro estaba petrificado y con la mirada inerte, fija en su trozo de país perdido.

—Le dirás a Adam que lo siento mucho, Liam —murmuró la muchacha haciendo una mueca de dolor.

—¿Qué quieres decir? Tú no tienes nada que ver, Gin, no era culpa tuya. He sido yo que...

—¡Chitón! —lo interrumpió ella, que puso un dedo helado sobre la boca de su hermano—. Tú no podías hacer nada más... El bebé... Creo que voy a perderlo, Liam...

Ginny se aguantaba el vientre redondo y gemía, inclinándose hacia delante. El dolor le retorció las entrañas. Entonces, sintió que un líquido caliente le bajaba por los muslos. Sus gemidos se transformaron en un grito de dolor. La nieve se tiñó de rojo a sus pies. Liam miraba fijamente con horror el charco de sangre que se agrandaba bajo las faldas de su hermana, mientras ella, con la tez terrosa, le clavaba las uñas en el brazo.

—¡Ginny, no! —gritó Liam, aterrado.

El hombre la acostó en el suelo, maldiciendo por no tener su capa para taparla. Ginny temblaba y sus labios azulados por el frío intentaban decir algo, pero no lo consiguieron. Liam se desabrochó el plaid y la tapó.

—¡Quédate conmigo, Gin! ¡Quédate conmigo! —gritó Liam, frotando frenéticamente las manos entumecidas de su hermana.

El joven se enjugó los ojos con el dorso de la manga. No sabía cuánto tiempo se había quedado allí, intentando reanimar el cuerpo inerte de Ginny. Con la mirada extraviada, contempló a su hermana y después le subió la falda para taparle la cara.

—*Tha mi duilich, mo phiuthar*<sup>9</sup> —murmuró el joven.

Ginny... Su padre... ¿Por qué? ¿Venganza personal? Bar-

9. «Lo siento tanto, hermana mía.»

ber había dicho que tenía una cuenta que saldar con su padre... No, debía de estar soñando. ¡No pasarían el valle a sangre y fuego por una historia de violación! Su mirada se perdió en el vacío. Volvió a ver el rostro victorioso de su padre, rojo de placer, que acababa de vencerlo por tercera vez seguida a las cartas, y a Ginny, que se burlaba cariñosamente de él mientras le servía otro whisky. Tan sólo hacía unas horas, y ahora toda esa masacre... ¿Cuántos lugareños habían muerto? El valle contaba con algo más de trescientas almas: ¿cuántas sobrevivirían a ese frío? Se dijo que sin duda estaba soñando, que no era más que una horrible pesadilla.

Se acordó del aspecto sombrío de MacIvor. El joven lo sabía... Había querido avisarlo a su manera. Él tenía que obedecer, pero ¿acaso un hombre podía verse obligado a obedecer la orden de semejante masacre de inocentes, aunque fuera dada por el mismo rey? ¿Acaso la supremacía del rey le otorgaba todos los derechos divinos, el derecho a la vida o a la muerte de las mujeres y los niños? Nadie le respondió.

No tenía tiempo para desahogar su pena; debía proseguir su camino e ir en busca del resto de la familia, que se encontraba en algún lugar en la montaña. Más tarde regresaría para ocuparse del cuerpo de Ginny; ya nada podía hacer por ella, ni tampoco por su padre.

El viento seguía rugiendo con cólera y rabia. Azotaba los árboles, silbaba con violencia entre las ramas y llevaba su grito de rabia hasta el valle teñido de rojo con la sangre de inocentes.

Liam fue rodeando unas escarpas resbaladizas a causa de la nieve helada. El frío comenzaba a calar cruelmente en él. Avanzaba de forma maquinal, sin mirar realmente adónde se dirigía. Ya no tenía las ideas muy claras. Revivía constantemente en su cabeza la horrible escena en la casa paterna; después, el rostro aterrado de su hermana se superponía al de Anna. Su emotividad era frágil, pasaba de la rabia a la culpabilidad y a un profundo dolor.

Se encontraba, entonces, sobre una cornisa, en algún lugar entre el cielo y la tierra. Las volutas de nieve lo envolvían

como una mortaja. Unas voces masculinas se acercaron por encima de él, y entre ellas reconoció las del laird Macdonald de Achnacone y Angus Macdonald. Liam se apresuró a trepar hasta llegar a los pies de aquellos hombres asombrados.

—¡Liam, amigo! ¡Estás vivo! —exclamó uno de ellos, ayudándole a ponerse en pie.

Los hombres se abrazaron en silencio; después, el más viejo tomó la palabra:

—Tu padre... —murmuró el laird.

—Está muerto, y Ginny también...

La voz de Liam se ahogó. Esquivó la mirada para ocultar las lágrimas que le brotaban de los ojos y continuó:

—Colin y Sàra han podido huir a tiempo. No sé dónde están Anna y Coll.

—Están vivos, Liam —le tranquilizó Angus—. Están al otro lado, con los otros que han conseguido escapar.

—¿Están bien? —se atrevió a preguntar Liam, preocupado.

—Síguenos, están en una cueva más abajo, hacia el sur. Habrá que llevarlos a Appin antes de que llegue la noche. No van a aguantar con este frío.

La preocupación se adueñó de Liam. Estaban vivos, pero ¿por cuánto tiempo? Anna tenía una salud tan débil.

Algunos niños gemían, otros dormían en los brazos de sus madres aledadas. Algunas esposas lloraban a sus maridos salvajemente masacrados en unos brazos que tan sólo les ofrecían un poco de consuelo. La escena era lúgubre y patética.

Anna, sentada en el suelo, acariciaba dulcemente el cabello del pequeño Coll, arropado con la capa de su madre. La mujer tenía los ojos cerrados y no vio al hombre que se le acercaba. Liam se agachó delante de ella y le acarició la mejilla helada.

—*Mo ghrìan...*

Anna abrió los ojos con dificultad. Liam le sonreía tristemente.

—¡Liam! ¡Oh, Liam! Estás...

Se abrazaron con todas las fuerzas que les quedaban.

—Ya te dije que lo conseguirías —dijo Liam con un susurro.

—Sí, y tú me has encontrado —añadió Anna débilmente—. He pasado miedo por ti, Liam. He visto a los soldados que se dirigían a casa de tu padre. Creía que no os había dado tiempo de salir.

Liam se sentó junto a ella y la estrechó entre sus brazos, y después la besó en la frente.

—Para entonces, yo todavía estaba en casa... con mi padre y Ginny.

Anna se puso tiesa, pero no dijo nada. Supo de entrada que había corrido la sangre.

—Colin y Sàra consiguieron escapar a tiempo. Pero... a mi padre lo han matado, Anna. Lo han matado... como a una bestia... ¡Santo cielo! ¡Yo no he hecho nada! Lo único que he sido capaz de hacer ha sido ayudar a Ginny a salir, pero ella...

La culpabilidad lo ahogó dolorosamente, al mismo tiempo que un sollozo. Anna posó su mano helada sobre la de Liam y levantó los ojos hacia él.

—¿Dónde está Ginny? —balbuceó Anna.

—Ha perdido el bebé... Había demasiada sangre, demasiada sangre. ¡Oh, Anna!..., Ginny está muerta.

Anna recibió la noticia como una bofetada. Se le desgarró el corazón, pero tenía los ojos secos. Ya no le quedaban lágrimas.

—Era como una hermana para mí —dijo con apatía.

Tenía los miembros entumecidos. El sueño la iba ganando poco a poco.

—¿Cómo está Coll? —preguntó Liam mientras retiraba ese precioso fardo del regazo de su mujer.

—Duerme... Tenía tanto frío que lo he envuelto en mi capa, se ha adormilado. Creo que está mejor...

Liam pasó una mano por la cara de su hijo. Estaba frío y tenía la tez gris. El padre bajó una mano temblorosa hasta el cuello del niño y dejó ir un suspiro de alivio al percibir el pulso. Era débil, pero ahí estaba.

—Han matado al pequeño Robby... Lo he visto todo... Un

golpe de bayoneta. Sólo tenía tres años, Liam... Eso es lo que me ha dado fuerzas para huir con Coll... A él también lo hubieran matado.

Su voz era cada vez más pastosa y la cabeza le pesaba. Liam la estrechó contra él, tomándola por sus endeble hombros, y Anna se acurrucó contra su pecho con los ojos cerrados.

La cueva era sombría. Las quejas de los supervivientes hacían de eco a los disparos de los mosquetes que todavía se oían en el valle. La tormenta seguía azotando con rabia, pero con menor intensidad. El olor acre del humo los alcanzaba y les quemaba los ojos, ya enrojecidos por las lágrimas.

Varios hombres habían regresado en busca de posibles supervivientes, para reunirlos allí, y después bajarían hasta Appin, el territorio de sus vecinos, los Stewart, en busca de un refugio para las mujeres y los niños.

Liam se preguntaba cómo se las arreglarían para llegar allí. Ya estaban tan agotados. Ahora Anna se había adormilado. Estaba muy pálida y sus labios adquirían un preocupante color azulado. Los estrechó un poco más, pero en el fondo ya sabía que no había nada que hacer.

—Dios mío, llévame con ellos —murmuró—. No podría soportar su pérdida.

La evidencia lo azotaba con fuerza. Su clan, su valle, perdidos. Su padre, su hermana, muertos. ¿Cuántos más? Su mujer y su hijo... Sacudido por sollozos silenciosos, Liam cerró los ojos y metió la nariz por entre los cabellos dorados de Anna. Entonces, se permitió abandonarse a la pena que lo asfixiaba.